En busca de Alejandro

Historia de una obsesión

Francisco Javier Gómez Espelosín



MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 62

UAH

En busca de Alejandro

Historia de una obsesión

UAH MONOGRAFÍAS
HUMANIDADES 62

Para Maje, que soporta, no siempre bien,
todas estas obsesiones.

En busca de Alejandro

Historia de una obsesión

Francisco Javier Gómez Espelosín

Universidad de Alcalá
SERVICIO DE PUBLICACIONES

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2015
Servicio de Publicaciones
Plaza de San Diego, s/n
28801 Alcalá de Henares
www.uah.es

I.S.B.N.: 978-84-16599-88-2
Depósito legal: M-27749-2016

Composición: Solana e Hijos, A. G., S.A.U.
Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.U.
Impreso en España

ÍNDICE

Presentación 11

1. Un Alejandro elusivo 15

2. La insoportable levedad de nuestros testimonios 33
Los ecos en la literatura contemporánea 35
Los restos de la documentación oficial 43
Rastros de la historia 51
Miradas desde el otro lado 70
Un balance 72

3. Historias antiguas de Alejandro 75
La historia interminable 75
Las primeras historias 77
Las historias de los compañeros 81
Alejandro en los grandes historiadores de la época 86
Restos de un naufragio 91
Alejandro en Polibio 96
Alejandro en las historias universales 98
Alejandro en la literatura latina 103
Los pilares de la tradición 108
Alejandro en la literatura griega del imperio 113
El tortuoso camino hacia las fuentes primarias 122
Una historia especial 124
Alejandro en la Antigüedad tardía 128

4. Las metamorfosis de un héroe 135
Alejandro en la literatura cristiana 136
Alejandro en la literatura judía 141
Alejandro en la literatura bizantina 144
Alejandro en la literatura siríaca 151
Alejandro en la literatura persa 154
Alejandro en la literatura árabe 160
Las versiones medievales europeas 167
Alejandro en otras literaturas 175

5. La construcción moderna de Alejandro 181
De la leyenda a la historia 181
Un modelo ambiguo de príncipes y reyes 188
Un Alejandro ilustrado 191
El surgimiento de la historia crítica 194
El Alejandro de Droysen 198
Alejandro en la Historia de Grote 202
El Alejandro de Hogarth 203
Alejandro en la tradición histórica y filológica alemana 204
Un Alejandro místico 206
El sueño de Alejandro 207
Hacia una visión minimalista 210
Alejandro, ingenio y poder 212
Un punto de inflexión: Badian 215
Un héroe con algunas matizaciones 216
La desmitificación definitiva del personaje 219
Brindis al sol 222
De Alejandro a su imperio 223
El triunfo de la imaginación 227

6. Tras los pasos de Alejandro 233
En busca de una geografía imposible 233
Tras la estela del conquistador 248
A la busca de las huella de la expedición 254
De la épica a la arqueología 269

7. Los otros Alejandros 273
Los herederos de Alejandro 275
La memoria de Alejandro en los reinos helenísticos 286
Alejandros bárbaros 295

Alejandros romanos 301
Alejandro modelo y guía de príncipes 327
Alejandro como general modélico 338

8. ANATOMÍA DE UNA OBSESIÓN: MITOS ANTIGUOS Y MODERNOS . . . 343
Entre la historia y la leyenda 343
La deconstrucción de un héroe 351

BIBLIOGRAFÍA 365

ÍNDICE DE NOMBRES 419

Presentación

La escritura de un nuevo libro sobre Alejandro constituye una ocasión idónea e inevitable para formular las debidas excusas por tan gran atrevimiento. A modo de una *excusatio non petita* podríamos alegar a nuestro favor que no se trata de una biografía más de las innumerables que existen en el mercado editorial, incluido el español donde se hallan todavía recientes monografías serias y bien fundamentadas como las de Pedro Barceló y Adolfo Domínguez Monedero[1]. Incluso podríamos defendernos de otra acusación importante como es la fatuidad de cualquier intento de analizar la compleja personalidad del monarca macedonio, un empeño mucho más arriesgado dadas las condiciones de nuestra información que no hemos pensado en momento alguno emprender.

El carácter general del libro podría catalogarse como historiográfico. Asediados e invadidos por una bibliografía inabarcable que sigue proliferando de manera constante e incluso perversa, hemos pretendido plantear una cuestión que consideramos fundamental, como la posibilidad real que tenemos de poder reconstruir desde una perspectiva histórica seria y fundamentada la figura del conquistador macedonio a la vista de las numerosas incertidumbres existentes y de las lamentables condiciones de la evidencia disponible. Constatadas repetidamente estas hostiles circunstancias, ¿tenemos alguna opción de acceder, aunque sea solamente de manera subrepticia, a la historia de Alejandro recu-

---

[1] P. Barceló, *Alejandro Magno*, Alianza, Madrid, 2007 y A. Domínguez Monedero, *Alejandro Magno. Rey de Macedonia y de Asia*, Sílex, Madrid, 2013.

rriendo únicamente a las fuentes contemporáneas de todo tipo que nos ofrecen alguna garantía mayor que los relatos literarios subsistentes pasados por el tamiz de la romanidad? ¿Podríamos cimentar nuestra imagen de Alejandro sobre esta clase de testimonios aparentemente más firmes y contrastar su información después con el relato narrativo de las fuentes secundarias? ¿Hasta qué punto tenemos la seguridad de encontrar al final de tan tortuoso camino un personaje real de carne y hueso, liberado oportunamente de los oropeles de la leyenda, que se corresponda con un cierto grado al menos de garantías con la figura histórica que perseguimos tan obstinadamente?

Esta clase de preguntas nos han conducido irremediablemente a revisar todos los intentos que se han hecho a lo largo de la historia por dar sentido a este poliédrico personaje capaz de adaptarse a todo tipo de situaciones y circunstancias por hostiles que parecieran a primera vista. Desfilan así los sucesivos intentos de contar o recrear de diferentes maneras la historia del personaje, desde las primeras historias que se compusieron hasta los más recientes intentos de reconstrucción histórica. Desfilan también los intentos más arriesgados de repetir su aventura con el fin de lograr la misma clase de gloria o de hallar las huellas de su expedición que habían dejado alguna clase de resto visible a lo largo de todo el trayecto recorrido. Comparecen también finalmente la larga lista de todos aquellos que a título personal, con mayor o menor entusiasmo o implicación emocional, se han sentido próximos del conquistador macedonio a través de la práctica del fenómeno conocido como *imitatio Alexandri*, desde sus compañeros y primeros sucesores, hasta algunos monarcas ajenos en cierto modo al helenismo y una buena parte de los dirigentes romanos, tanto durante el período final de la República como a lo largo del imperio, y los numerosos continuadores modernos que han seguido la estela marcada en su día por el que consideraban de forma más o menos afortunada como su predecesor en el uso del poder o las armas.

Cierra el libro un capítulo final en el que abordamos modestamente un intento de análisis de los principales elementos constitutivos que han apuntalado la leyenda de Alejandro, entendido el término en su acepción más general y no concentrado de forma excluyente sobre el denominado *Alexander Romance* o *Novela de Alejandro*. Dicha leyenda, que ya desde la Antigüedad con las sucesivas adaptaciones y actualizaciones que ha venido experimentando en el curso del tiempo mantiene una complicada relación con la historia, continúa condicionando nuestra visión del conquistador macedonio. Utilizado como mito, como modelo ejemplar, como estereotipo variable o como simple motivo de fascinación literaria y personal Alejandro ha terminado por convertirse en casi una verdadera obsesión que aun conveniente-

mente matizada y trasladada dentro de un marco académico adecuado continúa casi indemne planeando todavía sobre nuestras cabezas.

Somos bien conscientes de que cada uno de los capítulos que componen el libro, por la extensión del tema, podría haber sido objeto por separado de una monografía. Sin embargo hemos preferido mantener la amplitud del material ofrecido con la esperanza de proporcionar a los lectores, tanto especializados como interesados simplemente de manera general por el tema un panorama que permita reflejar con la mayor exactitud y densidad posibles la extensa gama de intereses y afectos que ha suscitado la figura de Alejandro en el curso de la historia a casi todos los niveles. Hemos reunido de esta forma una gran masa de materiales extraordinariamente dispersos en la mayoría de los casos, dada la transversalidad de especialidades y competencias a las que afecta. En este sentido, creo que podríamos acogernos, quizá de manera generosa, al segundo de los apartados que el clasicista británico Kenneth Dover formuló en su día sobre las cinco clases de publicación que podrían resultar justificables o necesarias para mantener con vida el mundo de los Estudios Clásicos, en concreto 'cualquier libro que reclama para sí ser la primera síntesis para una generación o más, de datos, argumentos y reflexiones que de otra manera solo se hallan accesibles en una masa de artículos dispersos'[2]. Si es que puede haber cumplido dicho objetivo, aunque sea solo a la manera de lo que un colega calificaba hace poco para referirse a un comentario sobre un geógrafo de la Antigüedad como un 'honesto compilador', creo que podríamos sentirnos plenamente satisfechos.

Para las transcripciones de los nombres propios hemos seguido en casi todos los casos las normas establecidas en su día por Manuel Fernández Galiano[3]. Para las citas de los autores clásicos nos hemos servido de las abreviaturas establecidas en A *Greek–English Lexicon* de Henry Georges Liddell y Robert Scott para los autores griegos y del *Oxford Latin Dictionary* para los latinos. Respecto a la bibliografía hemos preferido desplegar la denominación completa de las diferentes revistas especializadas en lugar de recurrir a la tradicional lista de siglas, tal y como figura en *L´Année Philologique* con el fin de facilitar su identificación y/o localización para los no especialistas a la vista de la relativa rareza de algunas de las publicaciones que afectan además a otros campos fuera del ámbito del mundo clásico.

---

[2] K. J. Dover, «Classics as an Activity», *Joint Association of Classical Teacher Review* 3, 1985, 2-4.

[3] *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, 1961.

La realización de un trabajo de estas características habría sido imposible sin las innumerables lecturas que hemos debido realizar en ocasiones en algunos campos que sobrepasan nuestra competencia. Debemos agradecer calurosamente la labor incansable que ha realizado en este sentido el Servicio de acceso al documento de la Universidad de Alcalá, a través de su directora Nieves de Dios y de sus colaboradoras, que nos ha facilitado la consulta de numerosos documentos, algunos de ellos especialmente complicados de obtener. La obsesión por Alejandro, que constituye el tema central de la obra, puede haber acabado afectándolas también a ellas ante el alud constante, y en algunos momentos seguramente abrumador, de mis peticiones bibliográficas.

El libro en su conjunto es el resultado, en algunos aspectos colateral pero directo, del Proyecto de investigación: Conquista y exploración: Alejandro y la geografía, que hemos dirigido a lo largo de tres años, financiado por el Ministerio de Economía y competitividad con referencia FFI2012-36220-C02-02. De la misma forma, algunos de sus capítulos constitutivos, como el 4, 5 y 6 entran también de lleno dentro del campo de investigación del Proyecto, financiado también por el Ministerio de Economía y competitividad y dirigido como Investigadora principal por la Dra. Laura Sancho Rocher de la Universidad de Zaragoza, Inventar el pasado/Construir la historia. Usos y apropiaciones antiguos y modernos del pasado de los griegos, con referencia HAR2015-63549-P, de cuyo equipo formamos también parte a partir del mes de enero de este año.

Alcalá de Henares junio de 2016

1
Un Alejandro elusivo

La enorme importancia que ha tenido la figura de Alejandro a lo largo de la historia no se corresponde para nada, a pesar de las apariencias, con la solidez de los conocimientos que poseemos acerca de un personaje histórico de tal envergadura. El mito creado en su propio tiempo a instancias del propio protagonista ha colapsado todos los intentos de abordar la estricta realidad de la historia de un monarca macedonio que reinó durante trece años, conquistó el imperio persa, y murió luego inesperadamente en Babilonia cuando estaba a punto de cumplir los treinta y tres años. El carácter excepcional de sus hazañas y el poderoso carisma que se atribuía a su personalidad le convirtieron enseguida en motivo de emulación y de leyenda que ha perdurado en el tiempo casi hasta nuestros días. Sin embargo, su imagen ha resultado siempre polémica y no se ha realizado la misma lectura del personaje y su significación a lo largo de la historia. De hecho, Alejandro ha representado diferentes modelos, desde el héroe invencible que conquistó los extremos confines del orbe y el monarca justo y generoso hasta el tirano cruel y despiadado, capaz de perpetrar los más abominables crímenes, y un devastador furioso e implacable de todos los pueblos sometidos.

Seguramente ninguna de estas sucesivas imágenes se corresponde por completo con la figura histórica de Alejandro si bien en todas ellas existen muy posiblemente infalibles ecos de la realidad. Aunque lo ideal sería tratar de acceder directamente a la figura real, salvando los numerosos obstáculos de todas clases que se interponen entre nosotros y la persona de Alejandro y su tiempo, lo cierto es que se trata de una tarea extraordinariamente complicada, arriesgada y difícil, por no decir del todo imposible.

En primer lugar nos separa de aquellos momentos de la historia una considerable distancia temporal que nos obliga a resituarnos dentro del contexto cultural e ideológico en el que Alejandro vivió, que constituye un mundo completamente diferente del nuestro en casi todos los aspectos, y explicar desde él todas sus actuaciones. Alejandro era además un macedonio mientras que casi toda la tradición literaria que conservamos acerca de él forma parte de la cultura griega para la que este mundo, situado al norte de la actual península balcánica, resultaba ya en su momento casi completamente ajeno a sus parámetros culturales e ideológicos. No contamos efectivamente con fuentes estrictamente macedonias y dependemos por completo de las fuentes griegas para nuestro conocimiento de la historia de este país. Estas fuentes nos ofrecen una imagen claramente sesgada y hostil de la monarquía macedonia y de algunos de sus reyes en particular como Filipo II, el padre de Alejandro, que resulta perfectamente ilustrativa de esta distancia cultural[1]. La política expansionista de Filipo, consolidada después por Alejandro, echó definitivamente por tierra las aspiraciones hegemónicas de las principales potencias griegas como Atenas, Tebas o Esparta, y esta sensación de frustración e impotencia se reflejó de manera inevitable en la forma de presentar los hechos desde la perspectiva griega. Era, por tanto, una visión parcial que se veía directamente afectada en el terreno personal y colectivo por la actuación política de tales monarcas y que incluso en muchos momentos condujo a la deformación consciente e interesada de la realidad[2].

Esta misma perspectiva griega afecta también a la visión del enfrentamiento de Alejandro con el imperio persa como un eslabón más de la cadena interminable de conflictos que habían opuesto ambos mundos, contemplados como dos realidades ajenas y completamente irreconciliables, cuya génesis encontramos ya perfectamente descrita en las páginas de Heródoto[3]. Alejandro habría invertido así la dirección de las fuerzas agresoras impulsando una campaña de venganza por las ofensas pasadas que se insertaba dentro de este ángulo de visión en el que los prejuicios de naturaleza política, cultural o ideológica marcaban la pauta a seguir. A ello se añadía además la clara intención de Alejandro de vehicular toda su campaña propagandística en esta dirección

---

[1] En general sobre las relaciones entre macedonios y griegos, Badian (1982); Engels (2010) y Hatzopoulos (2011). Sobre la percepción griega de Macedonia, Asirvatham (2009) y Müller (2014), 164-166. Sobre la de Filipo II en particular, Worthington (2008), 6-14.

[2] Así parece en el caso de Demóstenes, Ryder (2000) y Brun (2015), 118 y ss.

[3] Sobre el tema, recientemente Morgan (2016).

con el objetivo de captar a su favor la mayor parte posible de complicidades helénicas. Sin embargo, las cosas en la realidad discurrieron de otro modo. Macedonia y el imperio persa mantuvieron una estrecha y continuada relación desde al menos los inicios del siglo V a. C. en los que Macedonia fue un reino vasallo más del imperio aqueménida y, por tanto, existieron contactos constantes entre ambos mundos que llegaron incluso hasta el propio reinado de Filipo II, lo que nos obliga a desplazar de forma inevitable nuestra visión de las cosas de un esquema binario de oposición que no respondía a la realidad histórica del momento[4].

Entre Alejandro y nosotros se interponen también una serie de filtros de carácter propagandístico e ideológico que han difuminado por completo los auténticos perfiles humanos e históricos de su figura hasta convertirla en un símbolo de conquista y poder o en un simple motivo legendario al que se han ido agregando hazañas y aventuras de todas clases. El empeñó del propio Alejandro por aparecer a los ojos de todos como la encarnación de un héroe que aspiraba de alguna manera a la consecución de la inmortalidad mediante la realización de sus gloriosas hazañas fue difundido a través de la propaganda y ha interferido de forma destacada en nuestra percepción de su historia. Como señaló en su día el estudioso francés Paul Goukowsky, Alejandro entró antes en el seno del mito que en el de la historia[5]. Los ecos de la propaganda oficial, en forma de discursos y proclamas oficiales, incorporados a toda clase de ceremonias y celebraciones, reflejados en representaciones materiales como estatuas, pinturas y monedas, o a través de relatos como el de Calístenes, ocupaban todos los espacios visibles y dejaron inevitablemente su impronta en todos los participantes de la campaña, condicionando de este modo la imagen de Alejandro de tiempos posteriores[6]. El mito así gestado constituyó la fuente común de la que surgieron después tanto la tradición que denominamos histórica, que encontramos reflejada en las obras de autores como Curcio, Plutarco o Arriano, como aquella otra de carácter legendario, que se expresa sobre todo a través de la denominada *Novela de Alejandro* (*Alexander Romance*). Esta circunstancia convierte la estricta división que suele establecerse entre ambas tradiciones en un procedimiento más bien artificial e ilusorio[7].

---

[4] Olbrycht (2010).

[5] Goukowsky (1978).

[6] Sobre el mito de Alejandro, Goukowsky (1978); De Polignac (1998); Daniotti (2005) y Koulakiotis (2006).

[7] De Polignac (1998), 273.

Alejandro trató de exaltar por todos los medios su persona por encima de los horizontes de la mortalidad a través de la construcción de su genealogía y del lustre y la magnitud que alcanzaron sus hazañas. Dotó también a la función real de un poder y un prestigio que no poseía hasta entonces, probablemente como resultado de su asimilación de tradiciones orientales como la egipcia, la babilonia o la persa con las que fue entrando en contacto sucesivamente. Su intento de divinización y su asimilación a nivel iconográfico a figuras como Dioniso o Helios constituyen otra dificultad añadida dadas las connotaciones de carácter religioso que implicaban tales operaciones y el grado de ambigüedad existente a la hora de reconocer con precisión absoluta a la figura representada[8].

Su personalidad, probablemente compleja y difícil de definir sin caer en esquemas de carácter simplista, aparece además lastrada por el peso narrativo que adoptan en su reconstrucción las anécdotas, la mayoría de ellas de fabricación posterior, con dudosa apariencia histórica y con claras derivaciones moralistas. La figura de Alejandro se inserta también dentro de un complejo contexto político e ideológico del que formaban también parte inescindible sus acciones y decisiones, sus gestos y la teatralidad de muchas de sus actuaciones, o la dinámica implacable que emanaba de un proceso de conquista que parecía no contemplar ninguna clase de límites. El descenso desde el ámbito del mito al terreno de la realidad histórica resulta así ciertamente complicado y no siempre estamos en condiciones de poder explicar sus actuaciones desde la perspectiva de la supuesta racionalidad o irracionalidad de las motivaciones que las impulsaron.

Entre Alejandro y nosotros se interpone también todo el peso de la construcción literaria del personaje, pues es sobre todo a través de la literatura como conocemos su historia. Todas las obras que conservamos poseen dicha condición y sus relatos quedan ya muy lejos de la supuesta precisión documental que pudieron tener en su momento los informes oficiales y desde luego resultan por completo ajenos al afán por descubrir la verdad de los hechos desde una perspectiva puramente crítica y aséptica, desprovista de objetivos e intenciones concretas[9]. La perspectiva épica que podía derivarse de su presentación como descendiente y emulador de los grandes héroes como Aquiles y Heracles condicionaba ampliamente toda la representación del personaje mediante la continua presencia de paralelismos más o menos

---

[8] Trofimova (2012).

[9] Sobre la condición literaria de nuestros testimonios, Montgomery (1993).

evidentes con las gestas y hazañas de sus modelos, incluso a nivel del vocabulario al emplear Arriano en repetidas ocasiones el término *pónoi* (trabajos) para describir muchos de sus esfuerzos en el curso de la expedición[10]. Que el propio Alejandro potenció claramente esta perspectiva podría apreciarse en la presencia de varios poetas en su entorno, como Querilo de Iasos, Agis de Argos y Cleón de Sicilia, a los que podría haberse encomendado la creación de una nueva épica, protagonizada esta vez por las hazañas del rey[11]. La importancia de la descripción de sus gestas como *aristeiai* (demostraciones especiales de valor inspiradas por la divinidad), patente en todos los relatos conservados[12], se trasladó también a otros medios artísticos tal y como revela la famosa escena del mosaico de Pompeya que representa el momento cumbre de la carga final de Alejandro contra el enemigo.

No solo la perspectiva homérica planeaba sobre todos estos relatos de la campaña. El carácter épico de la expedición se vio también afectado por la rememoración gloriosa de las guerras contra los persas que desde los tiempos de Heródoto daban forma a este conflicto. Alejandro reencarnaba ahora el liderazgo de una nueva expedición panhelénica contra el proverbial enemigo y era lógico que algunas de sus acciones despertaran fácilmente todo tipo de paralelismos y comparaciones, desde el paso del Helesponto hasta la destrucción de Persépolis[13]. Eran también abundantes los rumores infundados, las exageraciones manifiestas, o las distorsiones interesadas. Afloran también las valoraciones hechas a posteriori que proceden de patrones morales ajenos o las explicaciones de carácter anacrónico que intentaban ajustar su conducta a unas pautas de comportamiento propias de otros períodos, proyectadas ahora sin ninguna clase de miramientos hacia un pasado casi desconocido. Con el objetivo de contribuir eficazmente al desarrollo de la acción desde un punto de vista dramático se despliegan intrigas y situaciones de todas clases que se distancian necesariamente de sus referentes reales, en principio al menos lógicamente mucho más opacos o desconocidos. Los ecos

---

[10] Aunque el término habitual para calificar los trabajos de Heracles era *áthloi* (tareas o disputas), definía muy bien la forma en la que Alejandro deseaba que se contemplaran tanto sus propias hazañas como las de sus compañeros de campaña, Brown Ferrario (2014), 238. En general sobre la imitación y emulación de Aquiles, Ameling (1988) y Cohen (1995); sobre Heracles, Stafford (2012), 143-150.

[11] Sobre estos poetas, *FGrHist* 153 F 12b; 13; 14ª; 15 a y quizá también 15b y c. Al respecto, Tarn (1948), 55-62.

[12] Hasta el punto que Bosworth (1988a), 43 ha calificado las operaciones de Alejandro como '*a continuing saga of heroic self-exposure*'.

[13] Zahrnt (1996).

de la realidad quedaron así inevitablemente amortiguados y en consecuencia cualquier intento de pasar desde la literatura a la historia se convierte en un arriesgado salto al vacío sin red que apenas permite asegurar la fiabilidad y consistencia de nuestras conclusiones.

No poseemos cartas o memorias personales que nos permitan acceder a los complicados entresijos de la personalidad de Alejandro y reconstruir con cierto fundamento el rastro dejado por sus cualidades y sus defectos, descubrir sus ambiciones y sus proyectos, o conocer sus actitudes y afectos hacia los que le rodearon, tanto aquellos que formaban parte de su círculo más íntimo y estrecho como el colectivo de sus tropas, sus súbditos o sus enemigos. No existe nada parecido a algunos escritos de un cierto carácter intimista, como los de Cicerón y Agustín, o, ya a una cierta distancia, los de Julio César, que redactó sus propias memorias de campaña de su guerra en las Galias[14]. Nos vemos así obligados a especular acerca de los sentimientos y la forma de pensar de Alejandro a partir del único registro de sus actuaciones concretas, de los ecos que hayan podido quedar reflejados en los discursos que le atribuyen los historiadores antiguos, elaborados desde una perspectiva retórica y repletos de lugares comunes acerca de algunas cuestiones fundamentales, o de la significación que puedan tener en este terreno un conjunto de anécdotas, elaboradas casi siempre a posteriori y carentes en la mayoría de los casos de cualquier indicio de la realidad.

La otra posibilidad es partir del conocimiento directo que tuvieron de él sus contemporáneos. Sin embargo las historias que redactaron algunos de sus compañeros, testimonios privilegiados en primera instancia de lo sucedido en el curso de la expedición, no han llegado hasta nosotros y debemos contentarnos con los ecos que han podido dejar sus noticias e informaciones en las obras ya conservadas pero muy posteriores, que van desde los trescientos años de distancia que separan a Diodoro de los tiempos de Alejandro a los quinientos de Arriano, considerado por una buena parte de los estudiosos modernos el testimonio más firme con el que contamos en este terreno[15].

---

[14] Se ha tratado de abordar este vacío desde la perspectiva puramente imaginaria como en las obras de autores como Mary Renault, Valerio Manfredi o Nestor Matsas (1983). Ya desde un punto de vista bien diferente en este mismo terreno, la de Pierre Briant (2008).

[15] Sobre los autores contemporáneos que escribieron acerca de Alejandro, Pearson (1960), con la reseña de Badian en *Gnomon* 33, (1961), 660-667, y Pédech (1984) que concentra su atención sobre las figuras de Calístenes, Onesícrito, Nearco, Tolomeo y Aristóbulo. Los fragmentos atribuidos a dichos autores se encuentran recogidos en Jacoby, *FGrHist*, volúmenes II B y II BD, Berlín, 1927, y ahora en Auberger (2001), con versión francesa acompañando al texto griego o latino original. Robinson (1953) presenta la traducción al inglés de todos los fragmentos. En general sobre la cuestión, Meister (1989), Goukowsky (1991), Schepens (1998), Baymhan (2003) y Zambrini (2007).

Es probable que la historia que redactó Calístenes en su día se hiciera de alguna manera eco de la imagen que Alejandro deseaba ofrecer tanto de su persona como del significado y el desarrollo de la expedición de conquista. Sin embargo, aunque era el historiador más importante de los que acompañaron a Alejandro, en ninguna parte consta su condición de historiador oficial de la campaña[16]. Incluso de haber sido así las cosas, Calístenes habría debido someter su relato a la aprobación de Alejandro antes de proceder a su publicación o difusión con el fin de que el monarca comprobara si respondía fielmente a sus pretensiones y expectativas. Esta circunstancia provocaba un cierto *décalage* entre la composición inmediata del relato y su elaboración y publicación posterior, lo que permitía la introducción de ciertas matizaciones o asumir nuevas explicaciones en función de lo que había sucedido posteriormente, provocando importantes cambios en la perspectiva. Algo así pudo haber ocurrido con el relato de la visita de Alejandro al oráculo de Siwah, que se difundió quizá dos años después, tras la victoria decisiva conseguida en Gaugamela cuando el monarca podía concebir aspiraciones mucho más ambiciosas que en el momento preciso de la consulta durante su estancia en Egipto[17]. La historia de Calístenes debió reflejar, por tanto, más que un relato preciso del desarrollo efectivo de la campaña, los deseos de Alejandro de aparecer presentado como la reencarnación de los antiguos héroes homéricos a los que tanto admiraba implicado activamente en una expedición de venganza contra los persas a causa de los ultrajes causados en Atenas hacía casi ciento cincuenta años. La historia quedó además incompleta pues Calístenes no pudo terminar su obra a causa de su implicación en una conjura contra el rey que culminó poco después con su posterior eliminación[18].

El resto de las historias contemporáneas que se redactaron acerca de Alejandro tampoco pueden catalogarse como un testimonio veraz y objetivo de los acontecimientos. Describían la persona y las hazañas de Alejandro desde la interpretación subjetiva de sus respectivos autores en función del papel principal o secundario que desempeñaron en el proceso de conquista y de las convulsas circunstancias del momento en que se compusieron. Casi todas

---

[16] Milns (2006/7) ha puesto en duda la supuesta condición de historiador oficial de Calístenes. El único título del que tenemos noticia es el de epistológrafo de Alejandro que aparece mencionado en una inscripción encontrada en el gimnasio de la ciudad siciliana de Tauromenio, Prandi (1985), 21-22.

[17] De Polignac (1998), 274.

[18] Sobre Calístenes, Brown (1949); Pearson (1960), 22-49; Goukowsky (1978), 22-23 y Prandi (1985).

ellas se escribieron tras la inesperada muerte del rey en medio de los enfrentamientos por la sucesión entre sus principales generales, por lo que primaban en ellas factores como la apología descarada de Alejandro contra los ataques de sus adversarios, la reivindicación personal de cada uno de sus autores en el desarrollo de la campaña y su lugar destacado en el afecto del rey, la oportunidad de liquidar cuentas pendientes con sus adversarios y rivales, y la venganza simbólica contra el monarca mediante la difusión de rumores y acusaciones hostiles a su memoria[19]. Así el enfrentamiento entre Nearco y Onesícrito a causa de sus respectivos nombramientos al frente de la flota real o de la nave del rey debió quedar reflejado en sus respectivos relatos, y la historia que compuso Tolomeo tenía entre sus principales objetivos destacar su contribución personal en el curso de la campaña con el fin de reafirmar su posición dentro del contexto de enfrentamiento con los otros sucesores de Alejandro resaltando su privilegiada relación con el monarca recientemente desaparecido[20].

Todos estos autores elaboraron sus relatos recurriendo principalmente a sus propios recuerdos personales y contaron también posiblemente con el testimonio de otros muchos actores de la campaña que pudieron consultar contrastando quizá sus respectivas visiones. No todos compartían la misma imagen de Alejandro y de la campaña ni coincidían tampoco en sus apreciaciones. Aunque todos habían participado en la expedición, no habían podido ser testigos presenciales de todo lo sucedido dada la diversidad de escenarios en que se escindió en muchos momentos el avance de la campaña en función de las necesidades estratégicas o logísticas con operaciones que se desarrollaban en lugares muy alejados entre sí. Existían así versiones diferentes e incluso contradictorias de algunos acontecimientos, como la identificación precisa de los protagonistas que intervinieron en el episodio del asalto a la ciudad de los malios en la India donde Alejandro resultó herido de extrema gravedad[21]. También pesaron sobre ellos los deseos de adular al monarca mediante la manipulación de las realidades geográficas[22] o la introducción en

---

[19] Sobre las convulsas circunstancias de la época, recientemente Romm (2011); Waterfield (2011) y Anson (2014).

[20] Para el caso de Tolomeo, Errington (1969) y Bosworth (2000b).

[21] Arr., *An*., 6, 11, 1-2 alude a la existencia de diferentes versiones a la hora de identificar los protagonistas que realizaron las primeras curas de urgencia a Alejandro en el momento de sufrir la herida.

[22] Str., 11, 5, 5 y 6, 4.

su relato de invenciones descaradas, como el encuentro con la reina de las Amazonas, que contrastaban además abiertamente con el testimonio de los que habían sido sus protagonistas directos. Así, Lisímaco, cuando tuvo la oportunidad de escuchar el relato por boca de Onesícrito se quedó enormemente sorprendido y preguntó de manera irónica dónde se hallaba él en aquellos momentos pues no tenía constancia alguna de que se hubiera producido tal evento[23]. Aristóbulo tuvo también serios problemas cuando leyó delante de Alejandro el relato de su enfrentamiento personal con el rey indio Poro. Sus manifiestas exageraciones provocaron el enfado del rey que indignado arrojó su manuscrito a las aguas del río Hidaspes en la India y amenazó con hacer lo mismo con el propio historiador de los hechos[24].

Tampoco tenemos la posibilidad de recuperar todos estos relatos a través de las citas más o menos reconocibles que han podido dejar en la tradición literaria posterior conservada hasta nosotros. A pesar de la labor monumental del filólogo alemán Felix Jacoby en la primera mitad del siglo XX, en su intento de reconstruir, al menos parcialmente, la obra de los historiadores griegos perdidos a través de la recopilación de todas las citas de sus obras que se habían conservado en textos posteriores, el empeño no parece hoy día tan factible[25]. La postura hacia los supuestos fragmentos que pueden atribuirse a estos historiadores resulta ahora mucho más escéptica a la vista de los problemas que plantean[26]. Desconocemos cuál era el inicio exacto del supuesto pasaje citado y sobre todo su final, dado que no existía ningún procedimiento gráfico como nuestras dobles comillas que enmarcasen en su conjunto la cita seleccionada ni el autor que recogía el fragmento indicaba en momento alguno cuando daba por concluida su citación. Tales fragmentos no constituyen además una reconstrucción literal de la versión original perdida dada la necesidad de citar de memoria a causa de las enormes dificultades de localizar el pasaje concreto deseado dentro de un rollo de papiro. Las informaciones procedentes de obras anteriores se reelaboraban ampliamente hasta que-

---

[23] Plu., *Alex*., 46, 4.

[24] Luc., *Hist. Conscr*., 12. Son bien conocidas las críticas de Estrabón en este sentido, Str., 11, 5, 4; 5, 5; 7, 4; 15, 1, 9; 1, 68; 2, 7.

[25] Grafton (1997) y Schepens (1997).

[26] Sobre los problemas de identificación de los fragmentos, Brunt (1980) y Lenfant (1999) y (2013). No hay que olvidar que uno de los autores principales en esta cadena de trasmisión de los historiadores perdidos es precisamente Ateneo y la temática particular de su obra, los banquetes de eruditos y toda la parafernalia relacionada con ellos, condicionó altamente su selección y el tono con que muchas de las noticias aparecen allí reflejadas, Pelling (2000) y Lenfant (2007).

dar plenamente incorporadas dentro del nuevo contexto literario del que ahora formaban parte ajustándose tanto al estilo de su autor como a sus objetivos históricos y literarios que apenas quedaba huella de su procedencia, salvo en el mejor de los casos por la mención del nombre del autor del que había sido extraída la noticia en cuestión[27].

La conservación de todas estas historias o al menos de algunas de ellas tampoco nos garantizaría que pudiéramos restituir el desarrollo histórico de toda la campaña, pues incluso de esta forma seguirían existiendo todavía numerosas e importantes lagunas de información. La atención prioritaria de estos autores se concentraba casi en exclusiva sobre la figura de Alejandro y dejaron al resto de los protagonistas de la campaña en un segundo plano y a veces en el más absoluto de los silencios. Su principal interés era resaltar sus propias contribuciones a la conquista y hacerse eco de la actitud positiva que Alejandro mostró hacia ellos, como Nearco, empeñado en destacar la importancia decisiva de su expedición por las costas del Índico y la reacción entusiasta que manifestó Alejandro ante el éxito final de la empresa[28].

El contenido de estas historias se vio también condicionado por la competencia, los intereses e inclinaciones de cada uno de los autores. Así Tolomeo, que por su condición de general había desempeñado un papel destacado en el curso de la campaña, concentró su interés preferente en la descripción de batallas, asedios y otro tipo de operaciones militares. En cambio, Aristóbulo, dedicado a operaciones de carácter más técnico, mostró interés por cuestiones como los aspectos geográficos de la expedición o la reparación de la tumba de Ciro. El interés por la geografía fue también un aspecto destacado de la obra de Policlito de Larisa, al menos tal y como parecen reflejarlo la mayor parte de sus citaciones. Las supuestas inclinaciones filosóficas de tendencia cínica de Onesícrito[29] le llevaron a presentar a Alejandro como un filósofo en armas que pretendía consumar en la práctica la idea cínico-estoica de la concordia y la hermandad universales y a mostrar interés por episodios como el encuentro con los Brahmanes de la India o la descripción de países fabulosos donde reinaba la prosperidad y la concordia como el reino de Musicano en la India. Por último, es muy posible que el oficio de Cares de Mitilene, que actuaba como chambelán general de la corte y era el encargado de introducir ante el rey las embajadas y personalidades que acu-

---

[27] Sobre el proceso de composición utilizado por los autores antiguos, Dorandi (2000), 27-50.
[28] Marcotte (2013).
[29] Puestas en entredicho en Steinmann (2012), 38-41.

dían a visitarlo, llevara su atención hacia cuestiones relacionadas con el protocolo y con las interioridades de la corte.

Existe también en todas estas historias una cierta concentración sobre la expedición oriental, perfectamente explicable dada su espectacularidad y trascendencia. Sabemos así relativamente poco sobre los acontecimientos que la precedieron, como la infancia y adolescencia de Alejandro, su educación, o la relación con sus padres y maestros, que han quedado reducidas a un conjunto de anécdotas de desigual valor conservadas sobre todo en Plutarco[30]. Tampoco sabemos mucho sobre las difíciles campañas balcánicas que precedieron a la conquista de Asia, que solo conocemos de forma parcial e incompleta a través del relato de Arriano[31]. Episodios tan decisivos como la marcha de Alejandro hacia Iliria tras el incidente con Átalo durante la celebración de la boda de su sobrina Cleopatra con Filipo, su retorno posterior a la corte macedonia, o el papel de Olimpíade en todos estos acontecimientos apenas reciben la cobertura apropiada más allá de la simple mención de lo sucedido. Desconocemos igualmente casi todo lo que atañe a las relaciones de Alejandro con su principal tutor, Aristóteles, que quedan confinadas a las especulaciones y rumores posteriores o a las fabulaciones que inspiró dentro de la leyenda posterior, especialmente en época medieval[32].

Pero ni siquiera la narración de la conquista oriental tuvo un carácter exhaustivo y preciso que reflejara de forma puntual y detallada todas las acciones de la campaña desde su comienzo hasta el final. Todos los autores que escribieron sobre ella llevaron a cabo un proceso de selección de las informaciones disponibles y destacaron en su relato solo aquellos episodios que parecían más importantes o sobre los que se hallaban mejor documentados. Muchas operaciones militares llevadas a cabo en el curso de la campaña quedan reducidas a una simple frase de carácter general que oculta los detalles concretos y las intervenciones personales que tuvieron lugar en ellas. Es cierto que una buena parte de este tipo de actuaciones resultaban necesariamente repetitivas por su propia dinámica, como las numerosas escaramuzas y asedios que se fueron sucediendo en el curso de un proceso de con-

---

[30] Hamilton (1965).

[31] Ellis (1982); Hammond (1987) y Bloedow (1996).

[32] Sobre el papel de Aristóteles en la leyenda de Alejandro, Bröcker (1966) constituye una referencia fundamental junto con Düring (1957) que recoge todas las noticias que ponen en relación a ambos personajes; también Chroust (1964); sobre el desarrollo de la leyenda en el curso de la Edad Media continua siendo fundamental Cary (1956), 105-110.

quista prolongado, y era hasta cierto punto de vista lógico que quedaran resumidas o simplemente relegadas dentro de unas obras con indudables pretensiones literarias que iban mucho más allá de un mero informe documental[33]. Trataron de evitar igualmente la lista innumerable y repetitiva de topónimos y etnónimos que habría exigido una descripción puntual de esta clase sobre el avance progresivo de la expedición a través de las enormes extensiones del imperio aqueménida, teniendo además en cuenta que la mayoría de estos nombres apenas resultaba reconocible para el lector. Solo aquellos que tuvieron especial importancia emergían en el curso del relato, bien por la hazaña realizada, como la roca de Aornos, o por el papel que desempeñaron en el desarrollo de la campaña, como las ciudades de Bactra, Maracanda, Taxila o Patala, o pueblos como los uxios, los malios o los oxidracas. De esta manera, todo el imponente catálogo de nombres de lugares, personas y pueblos que conformaban el imperio persa con sus respectivas demarcaciones territoriales quedó reducido a su mínima expresión dejando en el olvido todos aquellos que apenas tuvieron importancia en el transcurso de la campaña militar o que constituyeron simplemente una etapa más de la marcha sin que sucediera en ellos nada memorable.

Tampoco conservamos ni siquiera una parte del archivo real en el que debía depositarse toda una abundante documentación de carácter oficial en diferentes y diversos formatos. Debió haber diarios de campaña, diferentes decretos de nombramiento de cargos y de organización de los territorios sometidos, inventarios del botín y de los bienes capturados al enemigo, cartas que circulaban entre la corte y las diferentes satrapías o que iban dirigidas al regente Antípatro y a la familia real en Macedonia, o informes de distintas clases como los de los bematistas, encargados de medir las distancias entre las diferentes etapas de la ruta, o los que eran el resultado de expediciones de exploración hacia tierras colindantes, como la de Derdas hacia la región de los nómadas escitas[34], la de Menón en busca de unas minas en Armenia[35], o la de Nearco por las aguas del Índico[36]. El papel destacado en este terreno de un personaje como Éumenes de Cardia, que era el secretario oficial de Alejandro y al parecer poseía en su tienda una especie de archivo en el que estaban depositadas copias de toda esta clase de documentos o el

---

[33] Montgomery (1993).
[34] Curt., 7, 6, 12.
[35] Str., 11, 14, 9.
[36] Plin., *NH*, 6, 97.

título asignado a Calístenes como epistológrafo de Alejandro, al que se hizo mención más arriba, subrayan la importancia que pudo haber alcanzado la cancillería real encargada de la organización y gestión del imperio, puesta en manos de personas leales e influyentes[37].

Sin embargo, toda esta documentación no garantizaba tampoco un relato objetivo sobre el desarrollo de la expedición con toda su abundante casuística. Como suele ser habitual, en la mayoría de los casos reflejaba tan solo la versión oficial de los hechos que en muchas ocasiones tendía a enmascarar situaciones complicadas como la existencia de disensiones internas en el seno de la corte, y ciertas demostraciones de incompetencia en el mando de las tropas o en el desarrollo de determinadas operaciones. Su objetivo principal era sobre todo preservar la buena fama del monarca, cimentada fundamentalmente en la eficiencia militar de su liderazgo, y de paso conservar intacta la moral de las tropas, por lo que cualquier contingencia desfavorable que pudiera manchar esta hoja de servicio se intentaba desviar su responsabilidad hacia otros miembros del alto mando.

Existieron también los testimonios directos de todos los miembros de la expedición que como protagonistas activos o pasivos de la campaña trasmitieron, por vía oral y en función de sus posibilidades, sus propias impresiones y recuerdos personales de la campaña a su regreso a Macedonia o a Grecia[38]. Muchos de forma definitiva cuando regresaron como veteranos de guerra o heridos, otros de forma más temporal, como los soldados macedonios que se habían casado inmediatamente antes de la expedición a los que se les permitió volver a su patria y a sus hogares durante el invierno tras el asedio de Halicarnaso y aquellos encargados del reclutamiento de nuevos efectivos, sin olvidar tampoco los enviados de las ciudades griegas a la corte ambulante del rey con la idea de solicitar la liberación de sus mercenarios cautivos o pedir mejoras en el trato que se les daba como súbditos. Hubo incluso testimonios procedentes del bando persa, bien a través de los numerosos mercenarios griegos que combatieron junto a Darío III, muchos de los cuales fueron hechos prisioneros y otros cambiaron de bando en el curso de la campaña, o bien de algunos de los generales griegos que habían colaborado estre-

---

[37] Sobre la posible existencia de un archivo oficial, Pfister (1961).

[38] Podemos identificar a uno de estos individuos en el rodio Eneto a quien se le concedió la ciudadanía en Atenas según sabemos por un decreto que se ha conservado hasta nosotros (ISE, I, 3) en el que se afirma expresamente que había tomado parte en la expedición de Alejandro (*apodemésas te met´ Alexándrou toû basiléos eis tén Asían*).

chamente con el bando enemigo. Sus testimonios eran, sin embargo, necesariamente parciales y cargados además de un alto grado de subjetividad.

La figura de Alejandro arrastra además consigo una serie de poderosas implicaciones de carácter emocional e ideológico. Resulta prácticamente imposible sustraerse de ellas por completo a la hora de intentar reconstruir su perfil más estrictamente histórico. Alejandro ha sido imitado, venerado, admirado y odiado de forma vehemente en función de la perspectiva elegida a la hora de tratar de recuperar o evocar su figura. La extraordinaria ductilidad de su leyenda ha facilitado también toda clase de interpretaciones que nunca han permanecido exentas de la intrusión de prejuicios y criterios morales ajenos perfectamente anacrónicos. El papirólogo alemán Ulrich Wilcken ya señaló en su día que cada estudioso había confeccionado a medida su propio Alejandro y el historiador también alemán, Alfred Heuss, refrendó esta opinión y llegó a comparar a Alejandro con una botella vacía susceptible de alojar en ella cualquier clase de vino por haberse convertido ya desde su propia época en un símbolo universal al que podía fácilmente asimilarse cualquier tipo de filosofía o valoración moral[39].

Contamos, en definitiva, con escasas evidencias contrastadas acerca de Alejandro y los testimonios disponibles, procedentes de la tradición literaria surgida en su propio tiempo o inmediatamente después, no nos permiten dibujar con precisión las líneas que definen al personaje histórico desprovisto de todo el lastre de la leyenda, la propaganda y el propio proceso de fabulación inherente en toda creación de esta clase. El auténtico Alejandro continúa siendo en la realidad casi un perfecto desconocido a pesar de la aparente abundancia de fuentes de información de todas clases que tenemos a nuestra disposición[40]. No conocemos siquiera cuál era su apariencia precisa a pesar del imponente bagaje iconográfico que ha sobrevivido hasta nosotros en forma de esculturas, relieves, pinturas o mosaicos que pretendían representar su figura. La mayoría de ellos no son contemporáneos sino copias ela-

---

[39] Borza en la introducción a Wilcken (1967) y Badian (1975). En este mismo sentido también la opinión de Goukowsky (1978) de que los modernos, apoyándose en las interpretaciones de los antiguos, han procedido a su vez a reevaluaciones que reflejan a menudo las preocupaciones de su propio tiempo.

[40] La extensa literatura acerca de las fuentes de información existentes sobre Alejandro resulta prácticamente inabarcable. Casi todas las monografías dedicadas a su figura incluyen una breve pero a veces ilustrativa introducción en este terreno, así Bosworth (1988a), 434-442; Stoneman (1997), 1-11 y Wiemer (2015), 16-49. Buenas introducciones generales a la cuestión son las de Levi (1977); Brunt (1989); Bosworth (2000) y Baynham (2003).

boradas en épocas posteriores a partir de originales perdidos, bien del propio tiempo de Alejandro o de época helenística, que resulta complicado identificar con cierta precisión ya que responden en su mayor parte a determinados estereotipos y modelos artísticos que nos alejan irremediablemente de la imagen original[41]. Ni siquiera las numerosas monedas que reproducen su imagen constituyen un fiel reflejo de su fisonomía dado que en su mayoría fueron acuñadas por sus sucesores y reflejan más los ecos de la propaganda oficial y de la leyenda que una estricta reproducción de la realidad[42].

Su biografía se resume en un conjunto de anécdotas marcadas por los ecos de la propaganda y las habladurías de corte con un escaso valor como fuente de información histórica. El relato de sus campañas militares, que constituye el grueso de nuestra información, presenta también importantes problemas. La atención principal se centra sobre todo, como dijimos antes, en las demostraciones de valor heroico (*aristeía*) del propio monarca en el curso del combate, en su ingeniosa respuesta a los retos planteados sobre el terreno y en algunas noticias más o menos colaterales que resaltan el valor de algunos de los compañeros o la impericia de sus más próximos colaboradores, como en el caso de Parmenión.

La narración aparentemente detallada que aparece en las fuentes apenas permite llevar a cabo una reconstrucción adecuada de cada una de las grandes batallas libradas cuyo desarrollo específico aparece difuminado en medio de tópicos y esquemas comunes que parecen repetirse casi de forma automática de unas a otras. Ciertamente resultaba tremendamente difícil describir con precisión el desarrollo de una batalla si tenemos en cuenta la concurrencia de una serie de factores adversos como la práctica imposibilidad de conseguir una perspectiva sinóptica y global que abarcara todo el escenario del conflicto desde una sola perspectiva, el polvo que provocaban los movimientos de los contendientes, el furor del griterío y la confusión, una vez iniciada la refriega, entre los propios participantes, o la propia dimensión de los efectivos implicados, que comportaba un alargamiento considerable de la línea de choque que podía alcanzar hasta los cinco kilómetros. La visión de cada uno de los participantes era necesariamente parcial ya que quedaba reducida a su entorno más inmediato y ni siquiera la del general o generales que encabezaban la acometida y habían preparado el ataque se hallaba exen-

---

[41] Sobre la iconografía de Alejandro y sus problemas, Bieber (1964); Stewart (1993) y (2002) y Gómez Espelosín (2007), 185-204.

[42] Le Rider y De Callatay (2006) y Dahmen (2007).

ta de tales condicionantes. En el mejor de los casos, la única recreación posible debía hacerse siempre a posteriori a partir de diferentes retazos de experiencias personales, de impresiones individuales que era necesario articular entre sí de alguna manera con el fin de conseguir una descripción más o menos coherente que, lógicamente, solo reflejaba de lejos la realidad de lo sucedido[43].

El relato de toda la campaña pivota incuestionablemente sobre la persona de Alejandro que se convierte de esta forma no solo en el protagonista privilegiado de la acción sino en el auténtico artífice de la historia capaz de modelar con sus actuaciones el discurrir de los propios acontecimientos y erigirse como un hito determinante en el cómputo de los tiempos[44]. Su condición de protagonista aspirante a una 'grandeza' que resultara relativamente asumible dentro de los parámetros griegos ya la había iniciado antes su padre, Filipo II, y Alejandro no hizo otra cosa que acentuar este proceso en la misma dirección presentándose como un digno descendiente de sus antepasados heroicos, un líder militar habilidoso capaz de liberar a las ciudades griegas de sus supuestos opresores, de actuar como justo árbitro en sus disputas y de ofrecerse como un benefactor proverbial de sus ciudades y sus templos[45].

Su historia se despliega de este modo en una serie de 'performances' que se inician con su actuación en el momento del cruce del estrecho y prosiguen después con sus sacrificios y ofrendas en la ciudad de Ilión, con la aparición de una tablilla en una fuente en la ciudad licia de Janto, con su 'milagroso' paso por la costa de Panfilia, con la rápida resolución del nudo del carro en Gordio, con su recuperación de la enfermedad en Tarso gracias a la acción del médico Filipo, con su encuentro con la familia de Darío tras la batalla de Isos, con su ejemplar castigo del comandante de la ciudad de Gaza, con su visita a Siwah, con los simbólicos prolegómenos de Gaugamela, con el frus-

---

[43] Whatley (1964), 120. En este sentido resulta ilustrativo un pasaje del texto del Pseudo Calístenes: *Nada se podía allí ver sino caballos derribados por tierra y hombres muertos. No se podía discernir al persa ni al macedonio, ni a los aliados ni a los sátrapas, ni al infante ni al caballero en medio de la densa nube de polvo. Ni siquiera se distinguía el aire de la tierra entre los muchos manchones de sangre*. (Ps.-Callisth, 1, 41, traducción de C. García Gual, Biblioteca clásica Gredos).

[44] De hecho aparece mencionado en la crónica epigráfica conocida como *Mármol de Paros* (*FGrHist* 239) a la altura de acontecimientos míticos como el diluvio de Deucalión, la fundación de Tebas por Cadmo, la guerra de Troya, la toma de Sardes por Ciro, el asesinato de Hiparco por Harmodio y Aristogitón, las batallas de Maratón y Salamina o la muerte de Filipo II.

[45] Su dedicatoria del templo de Atenea en Priene y su ofrecimiento fallido para la reconstrucción del templo de Ártemis en Éfeso parecen ejemplos ilustrativos de esta última tendencia. En general sobre su intento de adecuación a los parámetros griegos, Brown Ferrario (2014), 320-345.

trado encuentro final con Darío, una vez asesinado, con su arriesgada actuación en la ciudad de los malios y su posterior aparición ante las tropas una vez recuperado de las heridas, con su descenso de la flota por el Indo, flanqueado en sus orillas con el resto de los contingentes, con su navegación por aguas del Océano, con su bacanal en Carmania, con la opulenta exhibición de las bodas de Susa, y finalmente con todo el ceremonial que precedió al momento de su definitiva desaparición en Babilonia, especialmente su emotiva despedida de las tropas y su legado del anillo a Perdicas. Un tipo de actuaciones que podría incluso extenderse hasta después de su muerte con el ostentoso y espectacular carruaje funerario que fue desfilando desde Babilonia hasta Egipto.

Su historia aparece también puntuada por especiales momentos de tensión y dramatismo que actúan como detonantes en el curso de la narración, como sus complicadas relaciones con su padre, escenificadas en el momento de la boda con Cleopatra, o con Parmenión que culminarán con su sumaria ejecución tras la conjura atribuida a Filotas, el asesinato de Clito el Negro después de una bronca discusión subida cada vez más de tono, el progresivo enfrentamiento con Calístenes por su oposición a sus nuevas aspiraciones monárquicas a la manera persa, o la actitud contraria de sus tropas evidenciada en su negativa a proseguir adelante en el Hífasis o en el motín de Opis en cuyos respectivos discursos de corte retórico resuenan sin embargo los ecos del malestar y la airada reacción de Alejandro ante los hechos.

Una historia ejemplar en suma en la que se alternaban invariablemente las cumbres de tonalidades épicas, como sus victorias heroicas y espectaculares contra todo tipo de enemigos o su superación de toda clase de obstáculos, con escenas donde domina el patetismo o la tragedia, como la cadena interminable de presagios que condujeron irremediablemente a su muerte en medio de intentos desesperados por evitar el cumplimiento fatídico del destino. Un relato variado desde una perspectiva moralizante que incluía actuaciones que evidenciaban su grandeza, como el perdón concedido a la tebana Timoclea, el tratamiento dispensado a la familia real persa y al propio Darío una vez muerto, el generoso comportamiento con Poro tras su derrota, o su rechazo del agua en pleno desierto cuando solo él podía apagar su sed, y manifiestas demostraciones de una crueldad irresponsable que mereció incluso la reprobación de sus apologistas mejor dispuestos, como el incendio de los palacios de Persépolis o su masacre injustificada de los mercenarios indios en Masaga, por no mencionar los ya citados asesinatos de Clito y Calístenes o su capacidad destructiva de poblaciones enteras como Tebas, Tiro, los Bránquidas, Cirópolis, Sangala o los coseos.

La figura de Alejandro aparece así sumergida dentro un complejo narrativo, que se despliega en diferentes relatos, altamente condicionado por sus correspondientes parámetros literarios, culturales e ideológicos. Se distancia así de forma progresiva de cualquier intento de reconstrucción histórica y se convierte en un personaje obligado necesariamente a actuar según unos resortes y unos presupuestos determinados. Los condicionantes efectivos de su personalidad, las circunstancias históricas que lo rodearon y contribuyeron en buena medida a moldear su carácter, la posible influencia de un entorno familiar, educativo, cortesano y militar, la incidencia de los contextos culturales ajenos en los que se vio implicado por sus conquistas, y la verdadera dimensión de muchas de sus actuaciones en diferentes ámbitos, constituyen algunas de las cuestiones fundamentales que escapan en buena medida a nuestra percepción directa y deben ser abordadas mediante el recurso generoso a la especulación que trata de leer entre líneas un tipo de informaciones que no se nos proporcionan de manera directa y explícita. Se construye así una nueva historia que a pesar de partir de los fundamentos más o menos sólidos y fiables de las fuentes disponibles discurre necesariamente por nuevos estereotipos, por nuevas recreaciones de un escenario que en buena medida nos resulta desconocido, y por nuevas valoraciones morales que en su intención bien pensante de sustituir a las antiguas no hacen más que avanzar en una dirección también nueva de la leyenda sin que acabemos de tener la sensación de habernos acercado de verdad a un personaje que por sus capacidades de seducción, en un sentido idealizador o derogatorio, parece en el fondo avenirse mal con la historia[46].

[46] A este respecto son ciertamente ilustrativas las polémicas suscitadas en torno al papel preciso de su figura dentro de la historia, Worthington (1999); Holt (1999b); Thomas (2007); Atkinson (2007); Borza (2007); Anson (2009); Beard (2011) y Bowden (2014c).

2
La insoportable levedad de nuestros testimonios

La mayor parte de nuestros conocimientos sobre Alejandro tienen su fundamento en la tradición literaria conservada, que se concreta especialmente en cinco grandes historias, obra respectivamente de Diodoro, Curcio, Plutarco, Arriano, y Justino, todos ellos muy posteriores al tiempo en el que vivió el conquistador macedonio. Existen también un buen número de referencias de carácter anecdótico desperdigadas por toda la literatura grecorromana que permiten completar, puntualizar y, a veces también, distorsionar nuestra visión del monarca, que se había convertido ya en un tema perteneciente al pasado, en un motivo literario más o en un modelo estereotipado que se podía utilizar sin el menor escrúpulo sobre la precisión o la veracidad histórica que podía avalarlo. Apenas contamos con evidencias directas y tangibles sobre las que asentar nuestra reconstrucción histórica. Los testimonios literarios contemporáneos no son abundantes y nos presentan una visión parcial y subjetiva de los acontecimientos. Existen relativamente pocas inscripciones que nos ilustren sobre el funcionamiento preciso de la administración y gestión de los territorios, la mayor o menor sinceridad de las adhesiones políticas, la correlación efectiva de fuerzas dentro del imperio, o la difusión de cultos y ceremonias que se celebraron en su honor. Contamos, en cambio, con una considerable cantidad de monedas que reflejan el enorme volumen de riqueza que se acumuló en el curso de la conquista, los recursos disponibles a favor de la corte y de sus

respectivas satrapías, y algunas cuestiones relacionadas con la imagen del rey que se pretendía difundir por sus dominios[1].

Tampoco podemos reconstruir con exactitud el itinerario que siguió en su expedición de conquista con la identificación precisa de los diferentes topónimos que figuran en nuestras fuentes. Solo algunos hitos fundamentales como la mayor parte de las ciudades de Asia Menor y Fenicia, Menfis, Siwah y Alejandría en Egipto, o las emblemáticas capitales persas nos permiten seguir sus pasos a través de los extensos dominios del imperio aqueménida. Comenzamos a perder su rastro directo en el momento de adentrarse hacia el norte de Irán cuando iba en persecución de Darío y luego de sus asesinos. Son escasos los restos materiales que nos permiten seguir con seguridad su estela por las regiones próximas al mar Caspio y después por las tierras del actual Afganistán y de una parte de las repúblicas centroasiáticas hasta culminar su avance en el territorio de Pakistán. No podemos identificar con ciertas garantías la mayor parte de sus fundaciones, en forma de guarniciones, colonias o ciudades, debiendo recurrir a ciertas tradiciones más o menos asentadas, a veces sin demasiado fundamento o ninguno, basadas en el simple cálculo de probabilidades cimentado en el parecido de los antiguos topónimos con los actuales, en la dirección lógica de la ruta o en las noticias de los geógrafos árabes y de viajeros europeos posteriores.

Alejandro tampoco ha dejado demasiadas huellas visibles en la evidencia material contemporánea de las culturas que sometió, quizá con excepción de Egipto, ocultándonos esa otra cara de la historia que podríamos denominar la visión de los vencidos y las reacciones que provocó la presencia macedonia en medio de aquellas poblaciones. Solo la imagen deformada del conquistador macedonio que ha quedado reflejada en las diferentes versiones de la *Novela de Alejandro* nos permite entrever algunas de estas reacciones. ¿Existe realmente alguna posibilidad de reconstruir la historia de Alejandro si prescindimos aunque sea por un momento de toda la tradición literaria narrativa, de fecha posterior y de carácter interpretativo o apologético, que ha determinado inevitablemente nuestra visión del conquistador macedonio? Y en el caso de que así fuera, ¿Llegan verdaderamente a solaparse o a coincidir entre sí estas dos imágenes, la más parcial y fragmentaria que podríamos extraer de las fuentes contemporáneas y de las distintas evidencias materiales en forma de inscripciones, monedas, diferentes objetos de varias clases y ruinas,

[1] Recientemente sobre la cuestión, Holt (2016).

y aquella otra relativamente más compacta y completa que emerge de una serie de relatos literarios elaborados a posteriori y condicionados por las circunstancias del tiempo en el que se redactaron?

Los ecos en la literatura contemporánea

Las referencias a Alejandro que existen en la literatura griega contemporánea nos permiten componer un retrato del conquistador macedonio, ciertamente parcial y fragmentario, pero que refleja indudablemente algunos aspectos controvertidos de su imagen contemporánea, la forma en que lo veían en su propio tiempo, con todos los condicionantes derivados de la inmediatez y del peso inevitable de las emociones pero también con todas las ventajas de haber compartido con el protagonista el mismo espacio y las mismas circunstancias. Podemos percibir la imagen, ciertamente sesgada, del monarca que circulaba entre los medios griegos, particularmente atenienses, y algunas de las reacciones que provocaron sus actuaciones. Conocemos algunos aspectos importantes como la firme oposición que suscitaba su figura entre los medios griegos, el impacto que produjeron sus campañas orientales o los efectos de los numerosos descubrimientos de todas clases a que dieron lugar. Algunas cuestiones como la envergadura de sus conquistas, la apertura de nuevos horizontes geográficos, la forma apropiada de gobernar el imperio o las razones que podían explicar sus resonantes éxitos ocuparon también un lugar destacado dentro de las especulaciones contemporáneas. La mayoría de estas obras no ha llegado desgraciadamente hasta nosotros y debemos conformarnos con saber tan solo de su existencia o conocer el nombre de sus autores y sus títulos.

Los discursos de los oradores áticos, algunos de los cuales se han conservado hasta nosotros, constituyen probablemente el más importante de todos estos testimonios contemporáneos. No podemos considerarlos un testimonio de carácter objetivo y neutral ya que se trataba de elaboraciones de carácter retórico y literario que tenían como principal objetivo conseguir a toda costa el descrédito absoluto del adversario en los tribunales populares atenienses recurriendo a la exageración o la distorsión de determinados rasgos de la actualidad[2]. Aun así reflejan las cuestiones políticas más candentes del

---

[2] Acerca de la correcta utilización de sus testimonios como fuente de información histórica, Todd (1990) y Baslez (2003), 81-101.

momento y sin duda la complicada y conflictiva relación de Alejandro con la ciudad y con los griegos en general era probablemente la principal de todas ellas[3].

Podemos apreciar la percepción de Alejandro que se iba abriendo camino entre los medios populares y políticos de Atenas a través de las anécdotas y rumores que circulaban por aquel entonces en los debates y discusiones de la asamblea ateniense, utilizados y explotados conscientemente por los oradores[4]. Los discursos de Esquines aluden a las acusaciones que su rival, Demóstenes, formulaba en aquellos momentos en contra de Alejandro, con claras alusiones a su condición de homosexual, de joven inmaduro desde el punto de vista psicológico y mental, o de personaje afectado con excesivas pretensiones heroicas que se limitaría a pasear por Pela (*peripatounta*) y a vigilar constantemente los presagios sin mayores preocupaciones[5]. Demóstenes sostenía una visión claramente derogatoria del joven monarca macedonio repleta de guiños irónicos, como la denominación de Margites con la que pretendía burlarse de sus pretensiones de imitar a Aquiles de quien dicho personaje era una simple caricatura, o su afición a tañer la lira en los banquetes dentro de un contexto de claras connotaciones homosexuales. La energía con la que Esquines se dedicó a desmontar tales insinuaciones revela el eco que debieron encontrar entre los medios públicos atenienses. Los apologistas de Alejandro, como Esquines, trataron de transformar la imagen heroica que sus rivales convertían en motivo de burla, ironía y menosprecio en una realidad consumada, sobre todo después de las noticias que llegaban sobre sus primeras victorias. Esquines contraponía además la probada cobardía de Demóstenes, que había demostrado su incapacidad tanto en la guerra como en la paz cuando actuaba como embajador[6], con los actos de valentía que había llevado a cabo el monarca macedonio[7]. En este intercambio de réplicas y acusaciones entre los dos grandes oradores atenienses encontramos alusiones a diferentes acontecimientos como la marcha de Alejandro contra Tebas que contó con el apoyo de los tesalios[8], la travesía hacia Asia[9], las dificultades de la expedición en Cilicia cuando Darío se disponía a afrontar a Alejandro en

---

[3] Mitchel (1965); Will (1983); Faraguna (1992) y Antela Bernárdez (2003).
[4] Wiemer (2011), 183-189.
[5] Aeschin., *In Ctes*., 160; *in Tim*. 168. Koulakiotis (2000) y Müller (2014), 34-43.
[6] Aeschin., *In Ctes.*, 161 y 163.
[7] Aeschin., *In Ctes*. 163; 164
[8] Aeschin., *In Ctes.* 161.
[9] Aeschin., *In Ctes*., 163.

batalla[10], o la demanda de rehenes espartanos tras la supresión de la revuelta contra el dominio macedonio que habían encabezado[11]. Dentro de las complejas relaciones personales y políticas del momento y dentro del cruce constante de acusaciones ante los tribunales emergen las referencias a determinados acontecimientos que figuraban sin duda ya dentro de la memoria colectiva ateniense como hitos fundamentales de la carrera de Alejandro que podían ser utilizados con eficacia como armas arrojadizas en la lucha propagandística y judicial entre ambos adversarios.

Sorprende en este terreno el aparente silencio de Demóstenes que solo de manera indirecta, a través de las alusiones de su rival Esquines, emerge con sus opiniones dentro de la escena política ateniense en contraste destacado con el papel protagonista que había desempeñado anteriormente cuando encabezó la oposición a Filipo. Sus apariciones públicas durante todo este período quedan reducidas a su debate sobre la guerra de Agis III en el 331 a. C., que decidió no secundar, su acusación por Esquines en el año siguiente, y su implicación en el asunto de Hárpalo que culminó en su exilio político[12]. Quizá Demóstenes había aprendido rápido la dramática lección impartida tras la destrucción de Tebas y todos sus impulsos de rebelión se congelaron ante la cruda perspectiva de tener cerca de Atenas una guarnición macedonia en la Cadmea tebana. De hecho el orador se había salvado por poco de caer en manos de Alejandro que había solicitado su entrega a los atenienses junto a la de otros oradores tras la destrucción de Tebas[13]. Sin embargo su oposición a Alejandro continuó latente durante todo este tiempo a la espera de una derrota del monarca macedonio a manos de los persas, que finalmente no se produjo. Su actuación aparentemente prudente en su oposición a secundar la rebelión de Agis, la acogida de Hárpalo o su apoyo a la rendición de honores divinos a Alejandro responden a su táctica de intentar conseguir la revocación del decreto sobre el retorno de los exiliados que tanto afectaba los intereses de Atenas y al hecho fundamental de que el monarca se hallaba ahora en la ruta de retorno y existía la posibilidad de que en un momento u otro apareciera de nuevo ante las puertas de la ciudad. Sin embargo el fracaso de la acusación de Esquines en el que parecía el momento más propicio para

---

[10] Aeschin., *In Ctes*., 164.

[11] Aeschin., *In Ctes*., 133.

[12] Worthington (2000).

[13] Demóstenes figura de hecho en todas las fuentes que dan cuenta del asunto, D. S., 17, 115; Arr., *An*., 1, 10, 4-6; Plu., *Dem*., 23, 4 y *Phoc*., 17, 2 o *Mor*., 841 e, 847 c, 848e.

minar la popularidad de su oponente habla a las claras del predominio que todavía ejercía, aun desde su aparente silencio, sobre la mayoría de los atenienses. Solo el fracaso de su tentativa y la inesperada muerte del rey cambiaron las cosas e hicieron que emergiera de nuevo su abierta hostilidad hacia la hegemonía macedonia pero la victoria final de Antípatro significó el final para un político y orador que había dirigido durante los años cruciales la política exterior de Atenas y con sus acciones la había salvaguardado del desastre al que finalmente hubo de enfrentarse.

Las alusiones a Alejandro se encuentran también en los discursos de otros oradores áticos. Dinarco hace referencia a su presencia entre los indios[14], a la guerra emprendida por el monarca espartano Agis III[15], al conflicto suscitado por la presencia del tesorero Hárpalo entre los atenienses[16], al decreto sobre el retorno de los exiliados[17] o a la situación forzada de los arcadios que sentían simpatía por los tebanos a pesar de haber enviado refuerzos a Alejandro[18]. Tanto en Dinarco como en Hiperides encontramos también ecos de la convulsión política que se originó en Atenas por la petición de honores divinos por parte del monarca macedonio[19]. Las sensaciones encontradas que el monarca macedonio provocaba entre los griegos, como su calificación como tirano[20], aparecen reflejadas en Hiperides y en Démades que alude a los honores excesivos que se habían concedido a un individuo 'ávido de gloria y con un orgullo mayor de lo conveniente' y a sus pretensiones a la hegemonía, mencionando que había amansado al rey como a una fiera salvaje[21].

En los discursos atenienses encontramos también alusiones a la conducta de otros personajes estrechamente relacionados con Alejandro, como su madre Olimpíade, que al parecer realizó ofrendas a Higiía en Atenas por la salud de su hijo y tenía la posibilidad de restaurar templos en la ciudad[22], o su tesorero Hárpalo, que había huido a Atenas con una gran cantidad de dinero y lo había utilizado para sobornar a importantes personajes políticos de la

---

[14] Din., 1, 34.
[15] Din., 1, 34-35.
[16] Din., 1, 68; 70; 94.
[17] Din., 1, 82.
[18] Din., 1, 20.
[19] Din., 1, 94; Hyp., *Dem*., 31-32 y *Epit*. 21. En general, Worthington (2000) y Koulakiotis (2006), 23-58.
[20] Hyp., *Epit*., 39.
[21] Demad., 11; 42; 50. Sobre el papel de Demades en este terreno, Brun (2000), 98-102.
[22] Hyp., *Eux*., 19 (las ofrendas); 26 (templos).

ciudad[23]. El discurso atribuido a Demóstenes, *Sobre los tratados con Alejandro*, constituye un documento importante acerca de las cláusulas del tratado que vinculaba a Alejandro con los griegos y sobre los temas que se utilizaban en la propaganda hostil hacia el monarca macedonio en unos momentos en los que todavía parecía viable hacer la guerra contra el dominio macedonio antes del inicio de la expedición asiática[24]. Toda esta serie de testimonios, dispersos y no siempre contextualizados del todo, e incluso aquellos que podrían haber sido censurados[25], refleja el intenso debate político que la presencia de la amenaza macedonia había suscitado en Atenas con posturas radicalmente enfrentadas y revela que los elementos dominantes dentro de los sentimientos colectivos de la ciudad eran el temor y la hostilidad hacia el monarca[26].

Los oradores áticos se hicieron así eco de toda esta serie de anécdotas, rumores, e invectivas claramente hostiles, conscientes del impacto que tenían en la imaginación popular como armas arrojadizas en la disputa política y personal contra sus rivales. Pero al mismo tiempo con ello contribuyeron también a la génesis y formación del mito de Alejandro, que luego, convenientemente reforzado por los efectos de la propaganda, daría paso al surgimiento de la leyenda posterior[27]. La perspectiva desde Atenas de la expedición en las regiones más lejanas del interior de Asia imaginaba que Alejandro había alcanzado los propios confines del orbe, tal y como se refleja en la alusión de Esquines cuando afirmaba que el monarca se hallaba por entonces 'más allá de la osa y casi de todo el mundo habitado', en una referencia a su paso por Bactria y Sogdiana que aparecían desde la perspectiva griega de esos momentos como territorios prácticamente inalcanzables situados en latitudes septentrionales extremas[28].

Las experiencias vividas en el curso de la expedición oriental de Alejandro dejaron también sus ecos en los tratados botánicos de Teofrasto, que fue

---

[23] Din., 1; 2, 4-5; Hyp., *Dem*., 6; 8-9;

[24] Levi (1977), 9-17 y Culasso Gastaldi (1984). Sobre la fecha del discurso, Squillace (1995/97).

[25] Según el testimonio de Libanio (*Or*., *15*, 42) una buena parte de las injurias lanzadas sobre Alejandro por los oradores áticos podría haber desaparecido.

[26] Habicht (1997), 6-35.

[27] Gunderson (1981).

[28] Aeschin., *In Ctesiph*., 165. En este mismo sentido resulta también ilustrativa la alusión que aparece en la *Samia* de Menandro (v. 799 y ss.) en la que un personaje desesperado por su amor se plantea ir a combatir a Bactria.

el principal discípulo de Aristóteles[29]. A lo largo de su obra percibimos algunas de las dificultades a las que hubieron de enfrentarse los expedicionarios en el curso de su marcha por tierras desconocidas a causa de las características excepcionales de su vegetación. Sabemos así que el fruto de un árbol producía dolor de estómago y disentería y que el rey se vio obligado a prohibir su consumo[30], que un arbusto de Aria provocaba la muerte de los animales y tuvo que imponerse un cuidado especial de los caballos para que no lo comieran[31], o que una planta medicinal de la India fue descubierta y utilizada contra la mordedura mortífera de las serpientes[32]. Teofrasto compuso su obra en un tiempo muy próximo al final de la campaña de conquista, más o menos en el cambio del siglo IV al III a. C., y pudo haber tenido acceso a este tipo de testimonios bien a través de la lectura de los primeros historiadores que escribieron al respecto o incluso de forma más directa mediante las noticias ocasionales de veteranos macedonios o griegos que habían participado en la expedición[33].

Curiosamente no se produce esta misma situación en las obras conservadas de Aristóteles, en las que no se menciona a Alejandro y su expedición ni aparecen ecos visibles de los nuevos conocimientos que se generaron, a pesar de la relación aparentemente estrecha que ambos mantuvieron en calidad de maestro y discípulo durante algunos años[34]. En su monumental *Investigación sobre los animales*, que contiene noticias de todas clases sobre la vida animal, incluidas algunas especies poco conocidas, el nombre de Alejandro no aparece mencionado por ninguna parte a pesar de que es posible que se hiciera eco de alguna manera de algunos de los informes que se elaboraron en el curso de la expedición asiática[35]. Sabemos, sin embargo, que Aristóteles compuso para Alejandro una obra titulada *Sobre la monarquía* (*Perí basileías*) que no se ha conservado y que algunos interpretan como una especie de memoria dirigida a su discípulo en el momento de subir al trono en la que trataba de inculcar un contenido ético y espiritual a la idea tradicional del rey.

---

[29] En este terreno continúa siendo fundamental la monografía clásica de Bretzl (1903).

[30] Thphr., *HP*, 4, 4, 5.

[31] Thphr., *HP*., 4, 4, 12.

[32] Thphr., *HP*., 9,15, 2.

[33] Fraser (1994). Sobre el impacto de la conquista en la ampliación de los conocimientos geográficos y de otro tipo que se reflejan en la obra de Teofrasto, Stevens (2016).

[34] Düring (1957), 288 y ss. Sobre la relación entre Alejandro y Aristóteles, Bröcker (1966) y Koulakiotis (2006), 74-84. Sobre los posibles ecos dejados en la *Política*, Ehrenberg (1938), 62-84.

[35] Romm (1989).

Parece que su finalidad habría sido informar a los griegos sobre los principios políticos y éticos que habían gobernado la educación del joven monarca[36]. Aristóteles habría hecho también referencia a la política que siguió Alejandro en la conquista de Asia en otra de sus obras perdidas, *Sobre las colonias* (*Aléxandros e hupér apoíkon*), que era una memoria en forma de diálogo, si bien desconocemos la actitud que provocaron las deslumbrantes conquistas del joven discípulo en su antiguo maestro[37]. La existencia de una tradición posterior sobre las cartas que se habrían intercambiado Alejandro y Aristóteles indica posiblemente la necesidad de articular esta relación, tentadora de explotar tanto desde el punto de vista literario como desde el aspecto más ideológico o incluso científico. Lo cierto es que no poseemos cartas auténticas si bien conocemos la existencia de cuatro cartas de Aristóteles, de las que quedan tan solo dos breves fragmentos, y una carta traducida al árabe en la que el filósofo aconsejaba al monarca acerca del papel fundamental de la justicia, que debería presidir todos sus actos, y sobre la necesidad de gobernar a sus súbditos en función de su naturaleza y carácter respectivos, de acuerdo con la diferencia esencial que existía entre griegos y bárbaros[38]. Cabe mencionar también en este sentido la famosa *Carta de Alejandro a Aristóteles* sobre las maravillas de la India, que formó parte de la tradición de la *Novela de Alejandro*, con un contenido claramente fantástico pero que basaba su pretensión de credibilidad en esta presumible relación epistolar entre los dos personajes sobre esta clase de temas[39].

Gracias a una de las obras atribuidas a Aristóteles, el *Económico*, que se suele datar a finales del siglo IV a. C. y por tanto se sitúa muy cercana a los acontecimientos[40], conocemos también algunas informaciones importantes acerca de la gestión económica y financiera del imperio de Alejandro. Sabemos así de las actividades de dos personajes que desempeñaron una función crucial en la gestión de dos regiones fundamentales del imperio macedonio como fueron Egipto y Babilonia. Uno de ellos fue Cleómenes de Náucratis, que tuvo a su cargo nada menos que el gobierno de Egipto en este terreno hasta su posterior eliminación por Tolomeo. El otro fue Antímenes de Rodas,

---

[36] Ehrenberg (1938), 85.

[37] Ehrenberg (1938), 86-89. En general sobre las obras de Aristóteles dirigidas a Alejandro, Weil (1960) 154-159.

[38] Sobre una de las cartas atribuidas a Aristóteles, Bielawski y Plezia (1970). Sobre la mencionada carta traducida del árabe, Carlier (1980) y Grignaschi (1996).

[39] Al respecto, Gunderson (1980).

[40] Sobre la obra, Van Groningen (1933), 34-48.

encargado de la gestión en Babilonia en el 325 a. C. tras la huida del tesorero Hárpalo, cuyo nombre no figura, en cambio, en el resto de la tradición histórica que ha llegado hasta nosotros a pesar de su aparente importancia[41]. Emergen de esta forma parcelas informativas importantes que han quedado marginadas o descuidadas dentro del relato de los autores principales, preocupados fundamentalmente por el relato de los hechos militares.

También se ocuparon de Alejandro de forma más o menos extensa algunas obras casi contemporáneas que no han llegado hasta nosotros. Una de ellas es el tratado *Sobre la fortuna* de Demetrio de Falero, un discípulo de Teofrasto que sería luego tirano de Atenas[42]. Al parecer, atribuía los éxitos del conquistador macedonio a la fortuna y presagiaba su giro inminente a favor de una nueva hegemonía, al igual que ya anteriormente se había decantado por los macedonios y en contra de los persas[43]. Este papel determinante que el favor de la fortuna jugó en la carrera de Alejandro rebajaba la imagen del conquistador macedonio de su condición de genio excepcional que no resistía ninguna comparación[44]. Demetrio habría sido así uno de los primeros autores que trataron con alguna extensión y profundidad la figura de Alejandro dado que deberíamos fechar su tratado en la última decena del siglo IV a. C. La controversia sobre el papel que jugó la fortuna en las hazañas de Alejandro hunde sus raíces en su propia época y tendrá después una considerable resonancia en la literatura posterior hasta convertirse en uno de los temas predilectos de las escuelas de retórica, tal y como reflejan los dos tratados retóricos que Plutarco compuso sobre el tema, *Sobre la fortuna o virtud de Alejandro*, en los que defendía al monarca macedonio de la acusación que Demetrio había formulado ya en su día de haber sido tan solo el favorito de la fortuna y alegaba en su contra las cualidades personales que poseía su protagonista[45].

Esta temprana animadversión contra la figura de Alejandro debió quedar también reflejada en una obra perdida de Teofrasto titulada *Calístenes o sobre el lamento*, en la que calificaba de tirano a Alejandro y describía, en

---

[41] Arist., *Oec*., 2, 33 a (Cleómenes); 34 b (Antímenes de Rodas). Sobre la gestión de Cleómenes, Le Rider (2003), 241-262. Sobre Antímenes, Le Rider (1998) y (2003), 303-319.

[42] Habicht (1997), 53-65.

[43] En Plb., 29, 21, 1-6.

[44] Billows (2000), 298-299.

[45] Sobre la visión de Alejandro en los tratados retóricos de Plutarco, Prandi (2000). También Cammarota (1992) y Schroeder (1991). Un amplio comentario con introducción a cargo de Cammarota (1998).

cambio, al historiador y filósofo griego como un amante de la libertad que se opuso a la tiranía[46]. Estas acusaciones se encontraban también en una obra perdida de Dicearco, a la que alude Ateneo, en la que se calificaba a Alejandro como *philópais* (amante de los muchachos) y se recordaban sus amores con el eunuco Bagoas[47]. Otro discípulo de Aristóteles, Clearco, pudo haber escrito también sobre Alejandro en un tratado sobre la adulación titulado *Gergitio*, cuyo título corresponde casualmente con el nombre de uno de los cortesanos del monarca[48].

Los restos de la documentación oficial

Los restos visibles del funcionamiento concreto de la cancillería oficial de Alejandro que han sobrevivido hasta nosotros resultan ciertamente escasos. Esta documentación oficial ha podido dejar algún rastro dentro de la tradición literaria conservada en la serie de informaciones precisas y casi sistemáticas que nos ofrece sobre el nombramiento de determinados mandos militares y el reparto consiguiente del poder territorial entre los diferentes sátrapas y gobernadores en el curso de la campaña. Esta clase de noticias aparecen en casi todas las fuentes conservadas pero con particular atención en el relato de Arriano, que utilizó como fuente privilegiada de información la historia escrita por Tolomeo, que por su cercanía al centro de mando, sobre todo en la parte final de la campaña, pudo haber tenido fácil acceso a este tipo de documentos[49].

---

[46] D. L., 5, 44.

[47] Ath., 13, 603a-b.

[48] Ath., 6, 225.

[49] Así en Arr., *An*., 1, 14, 1-3 (disposición de los efectivos antes de la batalla de Gránico); 1, 17, 7-8 (nombramiento de Asandro como gobernador de Lidia y distribución posterior de tropas); 1, 22, 7 (relación resumida de las bajas macedonias en Halicarnaso); 2, 9, 2-3 (orden de combate en Isos); 2, 12, 2 (disposiciones tras la batalla de Isos); 3, 5, 2-6 (reorganización de Egipto en Menfis); 3, 11, 8-9 (disposición de las tropas macedonias en Gaugamela); 3, 16, 4-5 (disposiciones en Babilonia); 3, 19, 6-7 (disposiciones en Ecbatana); 3, 25, 1 (itinerario de campaña de Hircania a Aria); 4, 7, 1-2 (llegadas de enviados y refuerzos a Zariaspa); 4, 18, 1-3 (decisiones en Nautaca); 5, 8, 3 (recepción de embajadores en Taxila); 5, 20, 4 (captura de treinta y siete ciudades de los glausios); 5, 22, 6-7 (disposición de las tropas contra Sangala); 5, 29, 4 (enviados de Abisares); 6, 2, 2-4 (división del ejército en el descenso del Hidaspes); 6, 5, 5-6 (división de las tropas en el descenso de los ríos); 6, 15 (embajadores indios en la confluencia del Acesines y el Indo); 6, 27, 2 (cartas a la India para que se solucionaran los problemas causados por la muerte del sátrapa Filipo); 7, 7, 4-6 (relación de las bodas de Susa); 7, 5, 4-6 (coronas de oro en Susa); 7, 6, 4-5 (incorporaciones persas a la guardia real); 7, 20, 7-8 (elenco de expediciones hacia Arabia); 7, 23 (refuerzos llegados a Babilonia y distribución de los persas dentro del ejército macedonio).